La viejecita de Sn. Bernardo

Hay tipos de viejecitas simpáticas. Sus palabras fluyen graciosamente, ora recuerden pormenores de su vida, ora relaten aquellos cuentos maravillosos, universales y llenos de poesía, los de las Mil y una Noches. A la abuela se la ha caracterizado en la literatura inglesa con una cofia de cuáquera, faz límpida.

«Sentada en un sillón, bajo el umbroso soportal de la granja, el sol pone un largo rayo de oro sobre su anciana cabeza blanca.

La tela de su amplio vestido es color crema. Sus nietos han cultivado el lino con que ha sido hecha; sus nietos lo han tejido en la rueca familiar. ¡Vedla! Parece la melodiosa alegría de la tierra, la nieta, más allá de la cual la filosofía no puede ni quiere ir...»



La Sra. Juana Alcaíno, en su domicilio de la calle San Alfonso, en San Bernardo.

Esta nieta oye caer de los labios de la anciana un lento y armonioso ir y venir de remembranzas. Ya es un novio de ojos azules que partió a los veinte años para jamás volver; ya, la descripción de un guerrero, mitad real, mitad legendario. Habla también con unción de las horas de angustia: la ciudad sitiada; escasez de alimento; rondas en las puertas de un antiguo burgo...; o bien, el desfile de tropas; la partida alegre y con fe en la victoria; la lluvia de rosas, desde los altos balcones, sobre los apuestos militares que, alta la frente, resplandecen entre los rayos de las bayonetas y el júbilo de la gloria en los ojos. Todo un romance...

Así, la abuela inglesa.

En la América, al amor de la lumbre, fumando un cigarro o junto a una taza de té, en las horas de charla familiar, un capitán retirado, un veterano de los tiempos de lucha es el que narra aventuras de cuartel, jugarretas como las de colegio; achaques de enamoramiento; aventuras por pueblos desconocidos; juergas en la plaza de guarnición. Los chicos, las mujeres, atienden absortos. Es un desfile de correrías, desafíos, amistades, conquistas, derrotas. Vida quebrantada e interesante...

En Chile, donde se tiene a gloria el amor de la patria, no es raro que en la defensa del terruño hayan participado valerosas y abnegadas mujeres.

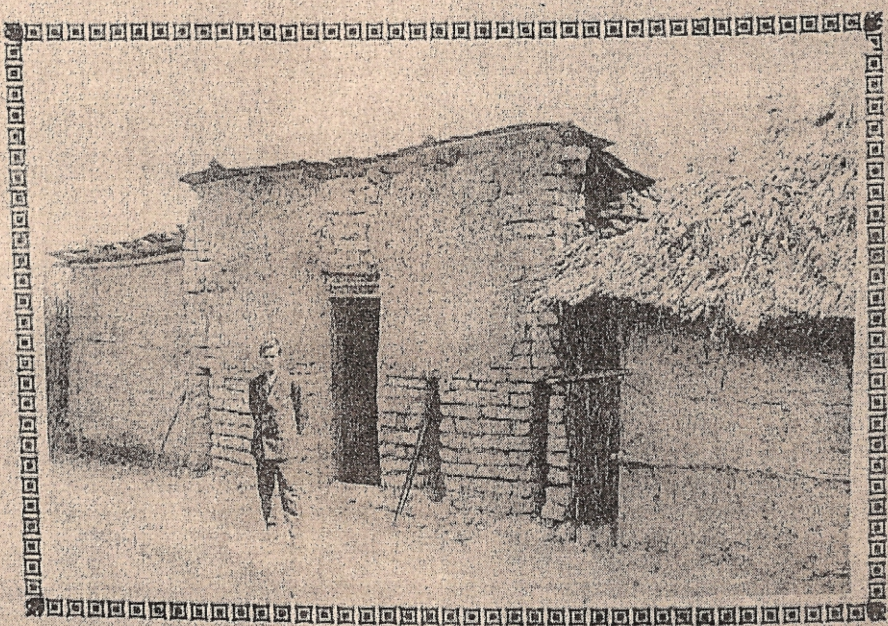
Estas, en el apagarse de sus días, no repiten como las abuelas inglesas cuentos que oyeron de niñas o hechos contemporáneos, sabidos en el interior de sus moradas. Han marchado con los militares; han sabido del hambre y de la sed; les ha quemado el sol en el desierto ardoroso.

Juana Alcaíno, viejecita que figuró en los combates del 79, es una mujer cuyas palabras, temblorosas y emocionadas, expresan con unción episodios presenciados en San Juan, Chorrillos, Miraflores y la ciudad de los Virreyes.

Sus ojos han dejado de ver a consecuencia de un mosquito que le picó en el Perú y de su llanto continuo, después de la muerte del sargento 2.º del «Victoria» Roque Rojas. Viuda, quedó en la indigencia, y—defensora de la patria—no ha conocido después sino miseria y amargura.

En San Bernardo la hemos visitado. Le acompaña su hermano Hipólito, anciano incapaz de trabajar, pues al levantar una tapia, cayó de gran altura. De resultas, se le zafó el brazo. Es ciego de un ojo.

La vivienda, ubicada en la calle San Alfonso, es paupérrima. La viejecita, sentada en un baúl de madera, bordón a la mano, oye las preguntas. Se entusiasma por lo pasado. Al fin, vuelve a la realidad y dice:—¿qué será, señor, me darán algo? Se refiere a una pensión que le señalen los hombres de Gobierno.



La casita, en que vive en San Bernardo, la Sra. Juana Alcaíno; frente a la puerta de casa, está un sobrino de la señora Alcaíno

La viejecita, de rostro arrugado y cabellos canos, parece una figura de brea y hay algo en ella que provoca simpatía... Compasión para sus pobrezas, y admiración por sus aventuras.

—¿Usted entró a Lima, no? Estuvo en Chorrillos y Miraflores...

—Sí, señor. Pero antes, estuve en San Juan. Me quedé cerca del Estado Mayor, con los jóvenes de la banda. No volvía Roque. Fuí a

buscarlo con otra señora de aquí mismo, de San Bernardo. No lo encontré... ¡Dios mío! Viera usted, señor... Unos boqueaban. Otros se quejaban. Algunos había muertos, sobre su mismo yatagán. A los agonizantes les daba agüita... Roque llegó, el sol ya bajito. Como si nada le hubiera pasado... «Hija, tengo mucha hambre.» Le dí un bocado de no sé qué... Su compañía salió a las avanzadas. A la señora y a mí, nos tocó dormir sobre unos cadáveres.

—¿Y al día siguiente?

—A Chorrillos. El general Baquedano iba a caballo. Pasó agachándose junto a las paredes de unas casas pequeñas. Eran como trincheras. Cuando lo divisó un soldado le pidió que se tomara una copa.

Fuimos a correr la montonera de Cañete. Estuvimos en Cerro Azul. Cuando nos desembarcamos, la mar creció. Casi morimos todos. Había mucha gente en la playa.

—¿De ahí fué a Lima?

—Desembarcamos en la quebrada de Curayaco.

La Sra. Juana Alcaíno, acompañada de su hermano, también inválido, Hipólito Alcaíno.

—¿Ya estaba ciega usted?

—De un ojo. Ese animal venenoso, chiquitito, que vuela, me picó en Cañete.

—¿A su esposo, no le ocurrió nada?

—A la vuelta, sí. Cogió unas tercianas sordas que no le sacudían; pero le llevaron, pues, señor...

La viejecita suspira.

—¿Cómo era la vida que llevaba en Lima?

—¡Ay! No dormíamos. El batallón, con las armas en la mano. Decían que los enemigos querían tomarse el cuartel en la noche. Ya era Cáceres, ya D. García Calderón, que estaba en La Magdalena... Un sufrir constante.

—¿Se enfermó con esos sufrimientos?

—¿Yo? Nunca. Además no tenía hijos. Así pude irme a la guerra con Roque.

—Dicen que usted atendía mucho a los soldados...

—Sí, pues, señor. ¿No ve que los conocía a todos? Eran de aquí, de San Bernardo. Compraba de mi bolsillo cualquier cosita para ellos. Me decían «madrecita.» ¡Pobrecitos!... A un enfermo le decía: —Hermanito, aquí le traigo agüita.—¡Ay! Juanita, ya me muero...

Por Dios, lo que sufría. Yo lavaba las camisas ensangrentadas... Les vendaba... Para cubrirles la cara, paraba el yatagán en el suelo y formaba un toldo con el pañuelo. El comandante Enrique Camilo Baeza me decía: «Sírvales, hija, sírvales.» Tendrá su premio...

—¿Cuál ha sido ese?

—Ninguno, pues, señor. No tengo nada. Ni una tirita para vestido... Lo que son las cosas!

—¿Pasó muchas hambres en la guerra?

—Mi ración era como la de los soldados. El mayor Soto Aguilar, de gran patilla, decía que esa era mi ración porque trabajaba como un hombre. ¡Cuidaba hasta a los prisioneros!...

—¿Cómo vive ahora?

—Un caballero me dió unos pesos. Se me acabaron hace dos meses.

—¿Qué dice de la solicitud de los Veteranos del 79?

—Dios les pague. Treinta pesos... Hallo poco... Les agradezco. Con lo que quiera me conformo. No tenemos para una tirita de vestido... Una pobre sirviente me compuso estos zapatos que tengo... ¿Qué le parece, señor? La gente pobre es muy buena... Más que la rica.

—¿Tiene parientes?

—No me auxilian. Son como yo. Tengo una sobrina viuda, con cuatro hijos. ¿Me favorecerá si no halla lavado siquiera para ella y sus hijos?

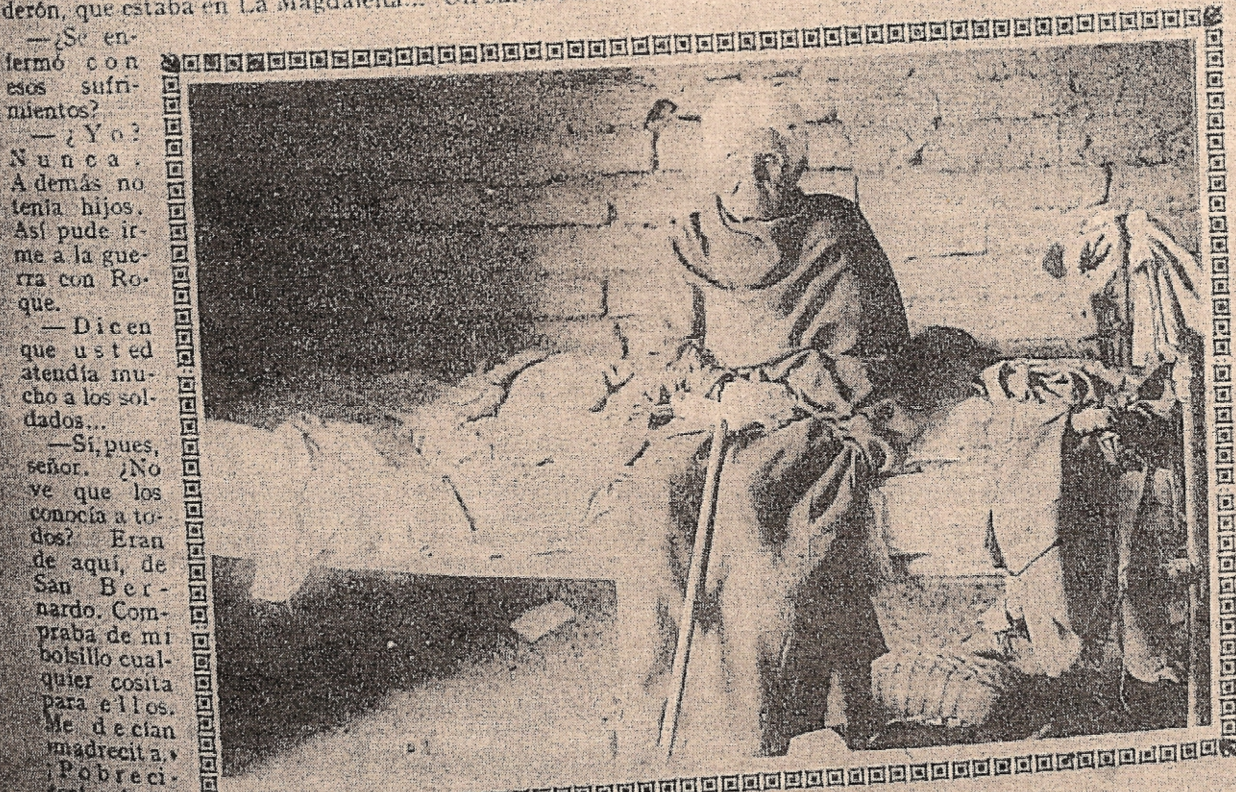
La viejecita, con la mano en la cara, la tez de brea y las manos terrosas parece una momia de dolor. Sufre por sus miserias... No obstante, es una defensora de la patria.

La vida ha sido para ella un camino largo y escabroso. Pocas han sido las flores y muchos los abrojos.

Pero nada la ha doblegado. Ha tenido siempre el valor suficiente para vencer a la muerte que acecha.

Firme aún, lucha por la vida. Y está ahí como una reliquia de su pueblo, depositaria de muchos recuerdos.

R. C.



El mísero lecho en que pasa sus últimos días, la anciana Juana Alcaíno.